

La clase obrera en Argentina, ayer y hoy*

Nicolás Iñigo Carrera

INSTITUTO RAVIGNANI (CONICET - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES)
CENTRO DE DOCUMENTACIÓN Y ESTUDIOS
LATINOAMERICANOS - ARGENTINA
carreranico@gmail.com

Resumen:

Después de plantear algunas cuestiones metodológicas (relación entre momento histórico y producción historiográfica, definición de clase obrera, necesidad de los “grandes relatos”, el enfrentamiento social como dimensión principal) el artículo establece una periodización de los más de 140 años de historia de la clase obrera argentina, relacionándola con el movimiento predominante del capitalismo argentino (atracción / repulsión) y con el sistema institucional político. Delimita tres grandes períodos, 1870-1920/30, 1930-1975 y 1975 hasta la actualidad. Señala las diferencias entre los períodos y la centralidad de la clase obrera en la estructura económico-social y en la política argentina en las tres etapas.

Palabras clave: Lucha de clases, capitalismo, protesta

Abstract:

After discussing some methodological issues (the relation between historical moment and historiographic production, definition of working class, social struggle as principal dimension of analysis) presents a periodisation of 140 years of history of the Argentine working class. The periods (1870-1920/30, 1930-1975, 1975 until today) are established in relation to the main movement of Argentine capitalism (attraction/repulsion) and the political system. The paper points out the differences between the three periods and the importance of the working class in the Argentine social structure and politics throughout the three periods.

Keywords: Class struggle, Capitalism, Protest

Antes de exponer algunos resultados generales de una línea de investigación que venimos desarrollando sobre el lugar que ha ocupado y ocupa la clase obrera en el pasado y en el presente de Argentina considero necesario referirme a tres cuestiones que hacen a la metodología con que trabajamos y al contenido de este artículo.

EL TEMA Y EL MOMENTO HISTÓRICO

En primer lugar debemos ser conscientes de la íntima relación existente entre el momento histórico y la producción historiográfica, relación que ha sido puesta en duda desde algunas de las principales perspectivas presentes en la historiografía actual (Romero, 1996; Torres, 1990).¹ Desde la década de 1980 y hasta hace unos diez años el tema de este trabajo, y de hecho la clase obrera misma, estaban poco menos que proscriptos del mundo académico.

La ofensiva dirigida por los cuadros del capital más concentrado también se desplegó en el campo intelectual, utilizando el discurso de la pérdida de su centralidad o “desaparición” de la clase obrera, dirigido a debilitar y aislar las luchas de los trabajadores.

Incluso entre quienes se reivindicaban parte del campo popular se afirmó la idea de que los llamados “procesos de exclusión social” tenían como resultado que la lucha de clases de base socioeconómica, protagonizada principalmente por la clase obrera, era sustituida por una lucha de base sociocultural, con protagonistas como los pobres, mujeres, ancianos, jóvenes, niños, indígenas y migrantes. Esta percepción errada de la realidad se alimentó de la habitual inclinación por seguir ciertas modas intelectuales importadas, en este caso principalmente europeas (Touraine, Castells, Mellucci), y de un entusiasmo por “lo nuevo” (más propio de las técnicas de ventas que del conocimiento científico) que invadió a las ciencias sociales.

Como se dijo más arriba, diez años atrás los temas referidos a la clase obrera habían quedado fuera de la agenda de investigadores y académicos. Sólo la culminación del ciclo de rebelión social iniciado en diciembre de 1993 con el llamado “Santiagazo”, que alcanzó su punto máximo con la *insurrección espontánea* que recorrió el país entre el 13 y el 20 de diciembre de 2001, logró barrer esas imágenes deformadas de la realidad y volvió imposible la negación del lugar que tienen los trabajadores tanto en la actividad productiva como en la lucha política en Argentina contemporánea.

Sin necesidad de extenderse más sobre el tema, lo que acabo de referir es una demostración más de la irrealidad que tiene la imagen de un conocimiento científico construido al margen de la sociedad, de los procesos históricos reales: mientras la ofensiva del capital más concentrado fue exitosa hubo quienes pudieron soñar con un “historia más profesional”, “más alejada de los

requerimientos de la sociedad”, “menos comprometida”, sin advertir que esa historia era totalmente funcional a aquella ofensiva. Cuando ésta encontró un freno en la rebelión popular las temáticas de las clases sociales, de la confrontación social y de la clase obrera volvieron a hacerse presentes.

DEFINICIÓN DE CLASE OBRERA

Una segunda cuestión metodológica que debe aclararse previamente, directamente ligada al punto anterior, la constituye la precisión sobre qué vamos a entender por “clase obrera”.

Jürgen Kuczynski ha planteado que los obreros modernos difieren de los trabajadores del pasado porque son libres y no trabajan con los métodos de producción ni las herramientas del pasado: “La clase obrera moderna es producto de la máquina [...] Es la creación de la máquina, más exactamente, de la herramienta mecánica. Sin máquinas no habría clase obrera” (Kuczynski, 1967:50-51). Kuczynski afirma taxativamente: “La máquina fue lo que creó la clase obrera. *Los auténticos obreros modernos son, pues, los de las factorías*” (Kuczynski, 1967:50-51).² Aunque él mismo amplía la delimitación cuando señala que “planteado de otra manera, si interpretamos la expresión ‘clase obrera’ más ampliamente e incluimos mineros y obreros de la construcción, los obreros de factoría forman el núcleo del proletariado industrial, es decir, de la clase obrera” (Kuczynski, 1967:59), su definición, que reduce la clase obrera al proletariado industrial, apunta al momento del surgimiento de la clase obrera y, por tanto, a la necesidad de contraponer al obrero moderno con los trabajadores pre-industriales. Pero tiene la debilidad de no contemplar al conjunto de los expropiados, en particular a los que, como resultado de la ley general de la acumulación capitalista observada por Marx, constituyen un volumen creciente dentro de los expropiados de sus condiciones materiales de existencia: la superpoblación relativa.

De manera que tomando como punto de partida el análisis del mismo Marx, (Marx, 1975a) delimitamos como clase obrera al conjunto de los expropiados de sus condiciones materiales de existencia, que, por tanto, sólo pueden obtener sus medios de vida bajo la forma del salario, lo obtengan o no. Claro que esa delimitación quedaría incompleta si limitáramos nuestra observación a las relaciones productivas. Por eso, siguiendo aquel análisis, es decir, teniendo presente que las clases sociales sólo existen en tanto toman conciencia de su interés y confrontan con otras clases, (Marx, 1975b: 158) completamos la delimitación considerando que la clase obrera se constituye en los procesos de lucha. Esa toma de conciencia, en la clase obrera, puede remitir a dos aspectos que hacen a su situación: su condición de asalariada y su condición de expropiada. Según cuál sea el aspecto de su situación del

que toma conciencia, así será la meta que busque alcanzar, la estrategia para lograrla y las alianzas que establezca en los enfrentamientos sociales que libre

Con estos instrumentos vamos a analizar los más de 130 años de historia de la clase obrera argentina.

EL RELATO

Y esto remite a la tercera cuestión que debemos plantear y que refiere a las características mismas de esta exposición. Desde los años ochenta se planteó, especialmente entre los historiadores, la inconveniencia de lo que se denominó “grandes relatos”. Ese rechazo a los “grandes relatos” tuvo, a veces, como objetivo reforzar el abandono o el encubrimiento de cualquier instrumental teórico explícito por parte de los investigadores. Pero también es verdad que el rechazo a los grandes relatos estuvo en parte justificado por la necesidad de avanzar en el conocimiento con nuevos resultados de investigación que permitieran superar la reiteración de algunas afirmaciones aceptadas como indiscutibles, y enriquecer el conocimiento acumulado.

Hoy la necesidad de nuevos conocimientos obtenidos de la investigación científica con fuerte soporte empírico ha comenzado a satisfacerse, al menos en cinco áreas de la historia de las luchas de la clase obrera en las que se pueden señalar avances en el conocimiento: 1) el lapso que se extiende entre 1880 y 1900, en particular las luchas económico prácticas, las huelgas de los orígenes del movimiento obrero, sobre las que están trabajando varios investigadores jóvenes. 2) Las décadas de 1920 y 1930, en las que se ha avanzado en el conocimiento de luchas concretas y de la vinculación entre los trabajadores y organizaciones políticas hasta ahora poco conocidas o conocidas sólo por relatos de sus protagonistas; es importante señalar cómo distintas investigaciones van mostrando elementos de continuidad entre el movimiento obrero de los años 30 y el que surgió después de 1943-45, sin que esto signifique negar la importancia y las rupturas que se expresaron con el peronismo. 3) las luchas, fundamentalmente económico prácticas, del movimiento obrero con conducción sindical peronista, durante el período que va de 1946 a 1955; muchas de ellas minimizadas o apenas conocidas por los artículos de Louise Doyón y que ahora están siendo investigadas. 4) Y quizás lo más importante, el desarrollo de la historiografía sobre las luchas obreras fuera de Buenos Aires, en casi todas las provincias argentinas, que ha terminado con el mito de que la clase obrera y el movimiento obrero hasta los años 40 estaban circunscritos a Buenos Aires y Rosario.

Es con todo esto presente que voy a tratar de presentar una periodización de la historia de la clase obrera, con especial énfasis en algunos momentos de su historia que pueden ser señalados como hitos. Y quiero enfatizar que,

siguiendo la orientación metodológica expuesta, el análisis no se va a centrar en la historia de las organizaciones político-ideológicas que se reivindican de la clase obrera sino que va a estar centrado en la lucha de la clase obrera, la mirada va estar en la clase. Esto no significa negar la importancia fundamental de los partidos, cuya historia es inescindible de la historia de la clase obrera. Pero limitar la mirada a los partidos, entendidos éstos no como los grandes bandos (por ejemplo, el “partido del orden” enfrentado al “partido de la anarquía, del socialismo” que señaló Marx para Francia en 1848) (Marx,s/fc), sino como algunas de las siglas, de los grupos en que se dividen esos partidos fundamentales por necesidades de la lucha (Gramsci), impide ver el conjunto del movimiento histórico de la clase obrera.

DOS MOMENTOS EN EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO ARGENTINO

La moderna clase obrera es fruto de las relaciones capitalistas, es condición pero también el producto necesario del capital. En Argentina las relaciones capitalistas tienen una fuerte expansión en el último tercio del siglo XIX, con la nueva inserción del país en el mercado mundial. Ricardo Ortiz, utilizando los datos del censo de 1895, mostró que para ese momento más de la mitad de la población se encontraba en la posición de proletariado y semiproletariado (Ortiz, 1964). A partir de la década de 1870 y durante alrededor de un siglo el capitalismo se desarrolló más en extensión que en profundidad, con los consiguientes procesos de atracción e incorporación al sistema productivo de masas de población (Iñigo Carrera, Podestá, 1987).³

El proceso de expansión de las relaciones capitalistas, que en buena medida fue el proceso de su imposición mediante la aplicación de distintas modalidades de la coacción extraeconómica sobre la población existente (y también sobre la que fue incorporándose mediante la inmigración, aunque aquí jugó también un papel importante la coacción económica), dio lugar a resistencias que fueron previas al surgimiento de la moderna clase obrera.

La expansión en extensión tuvo su correlato en un proceso de incorporación al sistema institucional político que, obviamente, no se dio ni mecánica ni linealmente. Los procesos de ciudadanía (legitimación de los intereses en tanto propietarios), como veremos más adelante, tuvieron un gran impulso en la década de 1910 y en la de 1950.

El ciclo de desarrollo de capitalismo principalmente en extensión duró casi un siglo. Aproximadamente en la década de 1950 el capitalismo argentino comenzó a desarrollarse principalmente en profundidad, es decir a expandirse en territorios donde ya eran dominantes las relaciones capitalistas. La expansión en profundidad conlleva el predominio del movimiento de repulsión por sobre el movimiento de atracción. Y esa repulsión de la población de los

espacios sociales que ocupaba (inserción en la actividad económica, en las distintas redes de relaciones sociales, en un lugar físico, etc.) se hizo evidente 20 años después, con el triunfo del capital financiero. Ese es el momento que estamos transitando desde hace aproximadamente cuatro décadas, más allá de las políticas de gobierno que puedan plantearse para paliar los efectos de ese proceso de repulsión.

TRES CICLOS EN LA HISTORIA DE LA CLASE OBRERA ARGENTINA

Si se ponen en relación los dos momentos del desarrollo capitalista con la dimensión “enfrentamiento social”, se pueden señalar dos grandes ciclos en la historia de la clase obrera argentina, de alrededor de cincuenta años cada uno, cada uno de los cuales llega a su punto culminante poco antes de finalizar. El primero, en el que emergió la clase obrera, se extendió desde la década de 1870 hasta la década de 1920, y tuvo como hitos fundamentales la manifestación del 1° de Mayo de 1890, la huelga general de noviembre de 1902, y la simultánea sanción de la Ley de Residencia, la huelga general de mayo de 1909 (Semana Roja), la contraofensiva desde el régimen de dominación con motivo del Centenario, en 1910 y, poco después, la sanción de las leyes electorales propiciadas por Roque Sáenz Peña, las huelgas de marítimos y ferroviarios en los inicios del gobierno de Hipólito Yrigoyen, la Semana de Enero de 1919, su punto culminante, y su finalización con la huelga general de junio de 1921. El segundo, se extendió desde la década de 1920 y los primeros años de la década de 1930 hasta la década de 1970, y tuvo como hitos fundamentales el 1° de Mayo de 1936, el 17 de octubre de 1945, el derrocamiento de Perón en 1955, los “azos” de 1969 y culminó en las jornadas de junio y julio de 1975.

Hoy estaríamos recorriendo un tercer ciclo, que habría comenzado entre fines de los '70 y comienzos de los '80.

El primer ciclo

Si aplicamos los instrumentos teóricos presentados más arriba, la emergencia de la clase obrera en la historia argentina queda delimitada por las primeras luchas libradas por los trabajadores. La historiografía clásica sobre el movimiento obrero argentino, escrita por militantes políticos y sindicales, ha señalado como primera huelga la que protagonizaron los obreros gráficos de Buenos Aires en 1878, convocada por su organización sindical. Pero hay

infinidad de huelgas, que podemos caracterizar como “espontáneas”⁴ que van siendo registradas por la investigación histórica, que no dieron lugar a una organización obrera más o menos perdurable y que constituyen la prehistoria del movimiento obrero (Román, 2005:54-71; Munck, 1987:34),⁵ lo mismo que otras formas de lucha como la rotura de máquinas (Juárez-Dappe y Campi, 2011). Es bueno tener presente que es mucho lo que aún se desconoce sobre las primeras luchas obreras, que no dieron lugar a la formación de organizaciones.

En la década de 1870 se nos constituyen en indicadores de las distintas direcciones de la lucha de la clase obrera la organización de las secciones locales de la Asociación Internacional de Trabajadores (que corresponde principalmente a la dirección teórica de la lucha) y la huelga de los obreros tipógrafos en septiembre de 1878 (que corresponde a la dirección económica de la lucha). Pero es en los actos y movilizaciones del 1° de Mayo de 1890, realizados en Buenos Aires, Rosario, Chivilcoy y Bahía Blanca en demanda de la jornada de 8 horas y protesta por la matanza de Chicago, que confluyen las tres direcciones concertadas de la lucha de la clase obrera, incluyendo la lucha política.

El siguiente hito lo constituyen las primeras huelgas generales declaradas por una central obrera, en noviembre de 1902 y diciembre de 1904, primeros hechos en los que, potencialmente, el conjunto de la clase obrera se enfrentó al conjunto de los patrones y al gobierno del estado. Y, a la vez, simultáneamente con la primera de esas huelgas generales, con la sanción de la Ley de Residencia, dirigida a perseguir a los militantes extranjeros dentro del movimiento obrero, tomó forma jurídica una de las políticas que el régimen de dominación existente se dio ante el movimiento obrero. Mientras que en 1904, con el frustrado Código del Trabajo, se esbozaba la otra política: su integración en el sistema institucional. En la primera década del siglo XX la huelga general con movilización callejera se constituyó en forma de lucha en Argentina.

El siguiente hito lo constituyó la Semana Roja de 1909, no tanto porque la huelga general se extendió por una semana en que se sucedieron las manifestaciones y choques callejeros con la policía, a pesar de la intervención de la fuerza armada del gobierno y del estado, ni porque se trató de una huelga netamente política, sino, y fundamentalmente, porque por primera vez la cúpula del Poder Ejecutivo, en la persona del presidente provisional del Senado (y, de hecho, vicepresidente de la Nación) Benito Villanueva, tuvo que negociar directamente con las direcciones de las organizaciones obreras (FORA, UGT, Sindicato del Rodado) la resolución de la huelga.

Otro hito fundamental debe señalarse en 1910: si a lo largo de la década que terminaba la clase obrera había logrado hacerse presente en la lucha política del país, fundamentalmente mediante la huelga general con movilización, la respuesta desde la clase dominante, en medio del fervor “patriótico” del

Centenario, constituyó un freno al avance obrero. Es conocido cómo, en el marco del Estado de Sitio, el uso de la fuerza material del gobierno y el encarcelamiento de las direcciones obreras, fueron acompañados por acciones directas llevadas a cabo por manifestantes liderados por conspicuas personalidades políticas que, al grito de “¡Viva la burguesía! ¡Mueran los obreros! ¡Viva la patria!”, destruyeron locales sindicales y de la prensa obrera. La inmediata aprobación de la Ley de Defensa Social, que ilegalizó la propaganda anarquista y amenazó al conjunto de las organizaciones obreras, fue otra manifestación de la contraofensiva desde el régimen de dominación existente. La declaración del estado de sitio, los ataques a las publicaciones y locales obreros y la ley de Defensa Social no estuvieron dirigidos solamente contra el anarquismo, aunque éste fuera considerado la “exageración neurótica de la revolución social”, creada por el socialismo, y “un simple crimen sin justificación sin atenuantes, que debemos tratar de arrancar de raíz [...]”.⁶ Todas las corrientes del movimiento obrero, excepto los pro-patronales Círculos de Obreros Católicos, fueron consideradas enemigas del orden por las clases dominantes; incluso el Partido Socialista, que privilegiaba la lucha parlamentaria y rehuía a la huelga general.

Como puede advertirse, lo que predominó hasta ese momento fue la confrontación de los trabajadores contra el sistema institucional, que tendía a cerrarse frente a la nueva clase emergente. El gobierno del estado privilegió la apelación al uso de su fuerza material (la policía y las Fuerzas Armadas) y de la ley (Ley de Residencia, Ley de Defensa Social) contra el movimiento obrero. E incluso cuando exploró una política de incorporación de las organizaciones de los trabajadores al sistema institucional, como fue el proyecto de Código del Trabajo de Joaquín V. González, lo hizo tratando de subordinar a las organizaciones obreras al estado, lo que fue rechazado por éstas.

Sin embargo, ese mismo año de 1910 la entrega del gobierno nacional a la orientación innovadora encabezada por Roque Sáenz Peña constituyó también un hito en el proceso de incorporación de la clase obrera al sistema institucional político. La imposibilidad del sistema político para dar cabida a las distintas expresiones políticas burguesas y obreras con existencia real en la sociedad argentina planteó la necesidad de un nuevo acuerdo social, que se plasmó en la nueva ley electoral que garantizaba cierta “neutralidad” del gobierno en las elecciones y la posibilidad de acceso a los órganos gubernamentales de los partidos políticos excluidos hasta entonces por el fraude electoral. Quedaron creadas de esa manera las condiciones para la institucionalización de la Unión Cívica Radical y el Partido Socialista. Generalmente se ha considerado a las leyes electorales de Sáenz Peña como la vía por la cual la clase dominante buscó consolidar el sistema institucional político incorporando a las “clases medias” expresadas por la Unión Cívica Radical. Mucho menos se ha atendido a que, por la misma vía electoral, se abrió el proceso de integración al

sistema institucional político de una parte importante de la clase obrera: directamente a través del partido Socialista e indirectamente a través de la relación que se estableció entre la FORA (IX Congreso) y, después la Unión Sindical Argentina, con los gobiernos radicales, neutralizándose así las orientaciones que postulaban un cambio de raíz del sistema.

El Partido Socialista estaba directamente vinculado a una parte del movimiento obrero y participó del proceso de luchas desarrollado en la primera década del siglo desde una perspectiva política que enfatizaba la participación electoral y la acción política dentro de la legalidad; con la nueva ley electoral logró tener representación parlamentaria nacional y en algunos gobiernos municipales.

Por su parte, en la central mayoritaria, la FORA IX Congreso, junto con sus principales sindicatos, el gobierno radical encontró un interlocutor: cuando, apenas iniciado el nuevo gobierno radical, los obreros marítimos se declararon en huelga, con apoyo de la FORA IX, el presidente Yrigoyen propuso su mediación y retiró las tropas movilizadas en el puerto; lo mismo ocurrió al año siguiente durante las huelgas ferroviarias. De esta manera la lucha económica por intereses inmediatos de las fracciones obreras mejor posicionadas por su capacidad de afectar la actividad económica comenzó a penetrar en el sistema institucional político y jurídico, y una parte de los obreros y otros asalariados empezaron a desarrollar sus conflictos en ese ámbito. El movimiento obrero, recuperado del ataque sufrido en el Centenario y fortalecido por la superación de la crisis económica, vio aumentar el número de trabajadores organizados y varios gremios lograron mejoras en su situación económica. Pero cuando el movimiento huelguístico se desarrolló, tanto en extensión como en profundidad, encontró los límites del régimen social vigente, del cual el gobierno es expresión política. La llamada “Semana Trágica”, las huelgas en La Forestal (Santa Fe), la Patagonia y Las Palmas (Chaco), derrotadas alrededor de 1920 mediante el uso de la fuerza armada del estado, con la ayuda de civiles armados, son ejemplos de la política del gobierno radical cuando el movimiento huelguístico alcanzaba a otras fracciones proletarias o salía de la mera lucha reivindicativa inmediata para cuestionar, en los hechos, el orden establecido.

La Semana de Enero de 1919 sin duda constituyó un hito en el desarrollo de la clase obrera argentina. En ella alcanzó su punto más alto el ciclo de luchas de la clase obrera caracterizado por la confrontación librada por fuera y contra el sistema institucional. La derrota de la huelga general de junio de 1921 a la que siguió un momento de descenso de la lucha obrera, aislada por otras fracciones sociales, puede considerarse el momento final de este primer ciclo, en el que la lucha de la clase obrera constituyó y legitimó su organización sindical, y emergió la estrategia que tiene como meta la incorporación al sistema social vigente, que predominó hasta las décadas de 1960 y 1970.

Debemos detenernos aquí para señalar que ya desde este primer ciclo pueden observarse las dos estrategias que recorren la historia de la clase obrera argentina. Una que tiene como meta insertarse en el sistema institucional político en las mejores condiciones económicas y políticas posibles. Otra que tiene como meta la superación de ese sistema.

En el ciclo que acabamos de describir, y sobre todo en la década del 1900, la segunda estrategia mantiene su preeminencia, en abierta confrontación con un sistema institucional que tiende a impedir que la clase obrera acceda a él.

El segundo ciclo

Muy distinta será la situación en el segundo ciclo, en que la tendencia a penetrar el sistema institucional pasa a ser absolutamente predominante.

En este ciclo la situación objetiva de la clase obrera argentina tuvo importantes modificaciones en el campo de la actividad económica, cuando se potenció el desarrollo industrial en la década de 1920 y más aún a partir de la década siguiente por la llamada “sustitución de importaciones”. En este ciclo se inserta, a mediados de la década de 1940, el surgimiento del peronismo. Suele asociarse la referencia a la “liberación nacional” con ese surgimiento: el movimiento obrero “se nacionaliza”; sin embargo ya en los años treinta la liberación nacional y la lucha antiimperialista aparecen como banderas explícitas del movimiento obrero argentino.

Dentro de este ciclo podemos señalar un hito en 1936, con el intento por constituir una alianza social que tomara forma política, en el que el movimiento obrero organizado sindical y políticamente tuvo un lugar preponderante, tal como quedó de manifiesto en la huelga y acto del 1° de Mayo de 1936. En Buenos Aires manifestaron a alrededor de 100 mil personas y hubo actos y movilizaciones en localidades vecinas a la Capital, en La Plata y otras localidades bonaerenses y en el litoral e interior del país;⁷ los actos realizados en Santa Fe y Mendoza fueron multitudinarios. La convocatoria partió de la dirección de la CGT y logró la adhesión de los partidos políticos opositores al gobierno, cuyos principales dirigentes (Lisandro de la Torre, Nicolás Repetto, Mario Bravo, entre otros que incluían al joven Arturo Frondizi) hablaron junto con los de la central obrera en el acto realizado en Buenos Aires. Allí hicieron referencia a la necesidad de reafirmar las libertades públicas frente al fraude, la violencia, la reacción, el fascismo, las dictaduras y la oligarquía, y se manifestaron contra el imperialismo y por la liberación nacional, por la democracia y la justicia social contra la miseria y la desocupación.

El significado principal de la participación obrera en la incipiente (y finalmente frustrada) alianza fue el desarrollo de su lucha por conquistar la libertad

política, el derecho de todos los ciudadanos de elegir sus representantes y ejercer su influencia en los asuntos del estado; su meta fue democratizar el régimen político y social, condición necesaria para poder tener alguna influencia sobre el poder estatal. A la vez, el hecho de que fuera la CGT la convocante se nos constituye en indicador del intento del movimiento obrero organizado sindicalmente por desempeñar un papel dirigente en la alianza política, principalmente electoral, que se pretendía gestar.

Resulta obvio señalar que otro hito, el más importante sin duda de este segundo ciclo, se produjo en octubre de 1945. La estrategia obrera de penetrar el sistema institucional político para formar parte de él en las mejores condiciones posibles, pero sin pretender modificarlo de raíz, alcanzó su meta bajo una nueva forma política: el peronismo, en la que se alineó la mayoría de la clase obrera. Pero la parte de la clase obrera alineada en la alianza antiperonista también tuvo como meta formar parte del sistema institucional.

Como parte de la alianza triunfante en 1945-1946, los trabajadores ocuparon un amplio espacio social y político, en lo que constituyó un gigantesco proceso de ciudadanía, que incluyó también un lugar prominente en el gobierno para dirigentes del movimiento obrero organizado sindicalmente.

Es en ese momento cuando la cuestión nacional pasa a primer plano, como puede apreciarse en el nuevo estatuto que se da la CGT en 1951, aunque con un claro matiz nacionalista, al tiempo que la meta de una sociedad socialista es dejada de lado incluso en el discurso. Las banderas de libertad política, independencia económica y justicia social de la mayoría del movimiento obrero en 1936 fueron reemplazadas por las de una “Argentina socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana” que enarbolaba el peronismo.

La liberación nacional

Antes de pasar al siguiente hito debemos detenernos a analizar ese rasgo relevante del movimiento obrero argentino. Desde su nueva inserción en el mercado mundial durante el último tercio del siglo XIX, Argentina fue considerada como un claro ejemplo de país formalmente independiente pero sujeto a las redes económicas y diplomáticas de Inglaterra, es decir un país dependiente. Sin embargo, la bandera de la liberación nacional no tuvo relevancia para el movimiento obrero durante el primer ciclo de su historia, lo que sí ocurrió durante el segundo ciclo (Iñigo Carrera, 2009:327-345). ¿Por qué ese cambio? La respuesta más difundida en la historiografía política argentina brinda dos respuestas, a veces combinadas: 1) la incorporación de la emancipación nacional a las metas del movimiento obrero organizado devino del surgimiento del peronismo, que hizo de lo *nacional* un eje fundamental de su discurso

frente al internacionalismo dominante en el movimiento obrero pre-peronista; 2) se asentó en un cambio en la composición de la clase obrera, sea por el origen nacional de la mayoría de los trabajadores, inmigrantes europeos hasta las primeras décadas del siglo XX, argentinos nativos (descendientes de inmigrantes u originarios del interior del país que principalmente desde la década de 1920 migraron hacia las grandes ciudades del litoral) y extranjeros asimilados a la cultura nacional a partir de los años '30, y/o por un cambio en el peso de las ramas de la actividad económica (Godio, 1989:412; Baily, 1984:40-43; Matsushita, 1986: 185-209).⁸

La primera respuesta ha sido relativizada por las investigaciones que han mostrado los elementos de continuidad en el movimiento obrero antes y después del peronismo (Murmis y Portantiero, 1971; Baily, 1984:40-43; Matsushita, 1986: 185-209). Por ejemplo: los objetivos enunciados en el acto del 1° de Mayo de 1936, referidos más arriba, muestran que las metas antimonopólicas y antiimperialistas estaban presentes en el movimiento obrero mucho antes del surgimiento del peronismo, aunque con éste el antiimperialismo, que es también anticapitalismo, devino nacionalismo. En el mismo sentido Matsushita ha señalado el uso de los símbolos patrios en los actos de la CGT y del PS en la segunda mitad de la década de 1930.

La segunda respuesta merece un mayor análisis. Dejaremos de lado la versión más burda, por lo general ajena al mundo intelectual, que reduce la cuestión a un mero cambio en el lugar de nacimiento. Basta recordar los numerosos militantes anarquistas, socialistas y comunistas de origen criollo, como el obrero mosaísta anarco comunista salteño Francisco Solano Rojas que atentó contra el presidente Figueroa Alcorta, o el poeta y senador socialista tucumano Mario Bravo, y las luchas obreras desarrolladas en las provincias del interior del país, como la huelga de los trabajadores azucareros de Tucumán en 1904, para descartar las simplificaciones cuasi-racistas. El cambio en el origen nacional de los trabajadores es innegable, lo mismo que la influencia que en la formación de una conciencia nacional tuvo la formación escolar (y extraescolar) planteada en el proyecto de la organización nacional de la segunda mitad del siglo XIX en adelante. Sin embargo, no puede reducirse la explicación a una cuestión cultural. El análisis debe poner en primer plano los procesos de lucha que fueron constituyendo a la clase obrera argentina, y, por consiguiente, las estrategias que llevó adelante esa clase. Como ya se dijo, desde sus orígenes, pero crecientemente desde la década de 1910, una parte de la clase obrera argentina tuvo como meta formar parte del sistema institucional jurídico y político, reformándolo sin llegar a alterar su naturaleza capitalista, aunque sin renunciar, tampoco, a ese cambio radical como lejana meta final. Para ello necesitaba formar una alianza con otras clases sociales. En la búsqueda de las condiciones que le permitieran modificar su situación social el movimiento obrero procuró ser parte de la dirección de la alianza que se postulaba para

governar la nación. Y esta misma postulación planteó la necesidad de tener una imagen de conjunto de la sociedad y fijar políticas que fueran mucho más allá de sus reivindicaciones económicas inmediatas. La meta de participar en el gobierno del estado-nación introdujo la necesidad de disputar el dominio de ese territorio (país dependiente) con las potencias imperialistas.

En esa disputa por el lugar que ocuparía en la alianza política de la que formaba parte pueden señalarse varios momentos dentro del período 1946-1955, en que el movimiento obrero, aun con conciencia burguesa, pretendió disputar a las fracciones burguesas la dirección de la alianza política: por ejemplo, con la constitución y resistencia a la disolución del partido Laborista en 1946 y en el Cabildo Abierto del 22 de agosto de 1951, cuando postuló la candidatura vicepresidencial de Eva Perón. Esa disputa por la conducción de la alianza tuvo su continuidad en el *vandorismo* de la década de 1960. Y puede plantearse como hipótesis que hoy estamos ante un proceso semejante.

El desplazamiento del gobierno y proscripción de la alianza peronista en 1955 constituyó otro hito, que puso de manifiesto la imposibilidad de la forma de organización social vigente (el capitalismo), y por ende del sistema institucional, de contener a la totalidad de las fracciones sociales que la conforman. Aproximadamente a mediados de la década de 1950 el capitalismo argentino había dejado de desarrollarse predominantemente en extensión para comenzar a hacerlo predominantemente en profundidad. Este cambio de dirección, que anunciaba el fin del dominio del capital industrial, ponía a todas las clases, fracciones y capas sociales ante una nueva situación en la que los lugares que ocupaban, y aún su existencia misma, quedaban librados al desenlace de la confrontación entre ellas en defensa de sus respectivos intereses.

Las luchas del movimiento obrero por recuperar el territorio perdido fueron dando lugar a una radicalización de sus metas, que quedó expresada en sucesivos programas: el aprobado en el Plenario Nacional de Delegaciones Regionales de la CGT y de las "62 Organizaciones" de La Falda en 1957, el del Plenario Nacional de las "62 Organizaciones" aprobado en 1962 en Huerta Grande, y el Programa del 1° de Mayo de la CGT de los Argentinos en 1968. En los tres programas la meta de la emancipación nacional se entrelazó con la de la liberación social. Cabe aclarar que, si bien las organizaciones que sostuvieron estos tres programas fueron mayoritariamente peronistas, esas banderas eran asumidas también por los sindicatos de conducción socialista marxista.

Sin duda otro hito puede señalarse en las luchas de calles del año 1969. Allí la lucha obrera desbordó el sistema institucional al tiempo que el proletariado industrial se convirtió, con los levantamientos populares de 1969 en Rosario y Córdoba, en clase dirigente de una fuerza social que tenía como metas de liberación nacional y social, prefiguradas en los años previos.

El último hito que podemos señalar en este ciclo son las jornadas de movilización obrera desarrolladas en junio y julio de 1975 en que el conjunto del movimiento obrero se movilizó contra el intento de establecer como política económica el programa de la oligarquía financiera, que sólo podría ser impuesto, mediante el uso de la fuerza material, al año siguiente.

NUEVA FASE DEL DESARROLLO CAPITALISTA ARGENTINO. LA ARGENTINA DEL CAPITAL FINANCIERO. ¿DESAPARECE LA CLASE OBRERA?

Durante las décadas de 1950 y 1960 y los comienzos de la siguiente se desarrolló un ciclo ascendente de las luchas populares en el mundo capitalista, que tuvo sus manifestaciones tanto en las mejores condiciones de inserción de los obreros en los países imperialistas (lo que Eric Hobsbawm llamó “Los años dorados”) (Hobsbawm, 1996), como en los procesos de liberación nacional y social que recorrieron los países del llamado “Tercer Mundo”. En la década de 1970, a partir de la llamada “crisis del petróleo”, se desarrolló la ofensiva del capital orientada imponer las condiciones necesarias para contrarrestar los resultados que aquellas luchas, teniendo como base la necesidad de revertir, aunque fuera momentáneamente, la caída de la tasa de ganancia. Esta ofensiva, que tuvo su comando inicial en la Comisión Trilateral, pero que en el campo de las ideologías se venía gestando desde los años ‘40, tuvo sus expresiones más conocidas en las políticas de los gobiernos de Margaret Thatcher y Ronald Reagan, a partir de sus paradigmáticas victorias sobre los mineros y los controladores aéreos, respectivamente, y se vio coronada con la destrucción de la URSS. Estas políticas fueron previamente aplicadas por los gobiernos militares de los países del Cono Sur, y generaron las condiciones para la introducción de nuevas formas de organización del trabajo, de la sociedad y del estado.

La ofensiva capitalista mundial tomó formas específicas en cada país, según las características fundamentales de su sociedad. En Argentina estas características pueden resumirse en tres: 1) el capitalismo, medido en términos de expansión de las relaciones salariales, se encuentra desarrollado, involucrando esas relaciones a aproximadamente un 75% de la PEA, con su correlato, en el campo de las relaciones políticas, en el proceso de ciudadanía de los trabajadores que culminó con el peronismo. 2) Argentina es un país dependiente, y que, por ende, no tiene la posibilidad que sí tienen los países centrales de descargar sus contradicciones sobre los países a ellos subordinados. 3) En Argentina se entrelazan tres estructuras económicas de la sociedad: capitalismo de estado, capitalismo de economía privada y pequeña producción mercantil, de las cuales obviamente las más fuertes son las dos primeras. Aunque el discurso oficial del gobierno instaurado en 1976 y de los que gober-

naron en la década de 1990 planteó como meta reducir el papel del estado, como ese papel es ineludible en esta fase de desarrollo capitalista, nunca dejó de ser predominante el capitalismo monopolista de estado.⁹ El resultado de las políticas llevadas adelante por esos gobiernos, en el marco de la ofensiva capitalista ya señalada, fue una nueva articulación entre capitalismo de estado y capitalismo de economía privada que rompió las trabas existentes a la acumulación capitalista.

Como ya se dijo, aproximadamente en la década de 1950 el desarrollo del capitalismo argentino en extensión estaba agotado y el desarrollo de las fuerzas productivas requería, necesariamente, su desarrollo en profundidad sobre territorios sociales donde ya predominaban las relaciones capitalistas.

La ofensiva capitalista

Ese desarrollo dio lugar a los procesos de expropiación y repulsión que recorrieron toda la sociedad durante las décadas de 1960 y 1970 y a las consiguientes resistencias por parte de las fracciones sociales afectadas. El cambio en la dirección predominante en el desarrollo del capitalismo subyace al proceso de formación de tres fuerzas sociales en diferentes grados de constitución, que confrontaron durante las décadas señaladas. Esas tres fuerzas sociales expresaron los intereses contrapuestos de las clases sociales fundamentales en Argentina de ese período que, ante el agotamiento del desarrollo capitalista en extensión, luchaban por imponer al conjunto de la sociedad formas distintas de organización social. La burguesía personificación del capital más concentrado, devenida oligarquía financiera y entrelazada con el capital concentrado a nivel internacional, expresaba y propugnaba el desarrollo del capitalismo en las nuevas condiciones mundiales, con el apoyo de buena parte de la pequeña burguesía acomodada. La burguesía menos concentrada, con su programa de relativa defensa del mercado interno, su territorio productivo, fundamentalmente mediante el “pacto social” entre el movimiento sindical y las organizaciones empresarias, encabezaba otra fuerza social con base en la parte mayoritaria del movimiento obrero organizado sindicalmente. La tercera fuerza, que propugnaba la superación del capitalismo y planteaba como meta el socialismo, tenía su base en una parte de la clase obrera y el pueblo, incluyendo fracciones de la pequeña burguesía. Las tres fuerzas contaban con cuadros sindicales y políticos y, dado el estadio por el que transcurría la lucha, militares: cuando se define la forma de organización social que ha de regir por un período más o menos largo y está en juego la misma existencia de fracciones sociales, la situación se define mediante el uso de la fuerza material.

De esa confrontación emergió triunfante la oligarquía financiera. Impuesta por la fuerza de las armas la forma de organización afín a sus intereses, los

siguientes veinticinco años contemplaron su desarrollo y el intento por construir el necesario consenso, en buena medida, sobre la base del miedo. No me voy a extender sobre los hitos que pueden señalarse en la construcción de esa hegemonía: la manera en que se resolvió la guerra por las Malvinas, el acuerdo que permitió la salida del gobierno militar y las hiperinflaciones de 1989 y 1990.

Debe tenerse presente que, como se mostrará en el punto siguiente, este proceso de desarrollo del capitalismo argentino es, a la vez, el desarrollo de su descomposición.

La situación objetiva de la clase obrera ¹⁰

¿Qué ocurrió con la clase obrera? Veamos primero sus condiciones objetivas, que pueden resumirse en “máxima jornada de trabajo con mínimo salario” para la parte que conseguía vender su fuerza de trabajo, mientras crecía la parte que, imposibilitada de obtener esos medios de vida por el salario, se hundía en el pauperismo.

No fue ésta la caracterización de la situación que predominó desde la década de 1980 entre la casi totalidad de los académicos y la mayoría del mundo político. La ofensiva capitalista en el campo intelectual anunció la pérdida de centralidad e incluso la “desaparición de la clase obrera”. Estas afirmaciones buscaron sustentarse en la disminución del porcentaje de asalariados dentro de la Población Económicamente Activa (73,8% en 1970, 71,5% en 1980, 64,6% en 1991): una lectura de la información censal que ni siquiera tenía en cuenta el crecimiento de los asalariados en términos absolutos: 5.190.790 en 1960; 6.380.500 en 1970; 7.147.327 en 1980; 7.980.327 en 1991. Claro que este discurso requería de una licencia teórica: asimilar la categoría censal “Asalariado” a “Clase Obrera”, ocultando la presencia de expropiados de condiciones materiales de existencia ocultos bajo la categoría censal Trabajador por Cuenta Propia (TCP); en otra de sus versiones este discurso era posible porque se circunscribía la “clase obrera” a trabajadores asalariados manuales de la rama industria manufacturera.

Claro que una lectura más rigurosa de la información censal mostraba que el Proletariado (Clase Obrera en el sentido que lo estamos aplicando en este trabajo) pasó de 68,3% en 1960 a 70,2% en 1980, 61,5% en 1991 y 69% en 2001. Datos que mostrarían una estabilidad en su peso relativo, si no fuera porque no están incluidas aquí las porciones de pequeña burguesía en proceso de proletarianización, que han crecido notablemente. En cuanto al proletariado industrial en sentido restringido (los obreros de las fábricas), que como en todas las sociedades capitalistas, da cuenta de un número relativamente pequeño, tuvo una caída en su peso relativo, sobre todo en relación con el

conjunto del Proletariado: 12,4% en 1980, 5,8% en 1991 y 4,5% en 2001 (Iñigo Carreras, Cavalleri y otros, en prensa). Esta caída en términos relativos del proletariado industrial no sólo muestra una disminución en su número sino, más aún, el crecimiento de otras capas y fracciones de la clase obrera, y sobre todo de la parte de ella que constituye una *población sobrante* para las necesidades del capital. Y ésta es la principal transformación en la clase obrera en esta fase del capitalismo argentino: el cambio en las proporciones entre la parte activa y la parte que, bajo diferentes modalidades, resulta sobrante para las necesidades inmediatas del capital.

La manifestación más evidente de la superpoblación es la *desocupación abierta*. Desde la década de 1960 y hasta casi fines de la de 1980 la tasa de desocupación *máxima* rondó el 6% de la PEA; en algún momento excepcional alcanzó al 7%, pero, en general, fue inferior al 6%; la tasa mínima fue de alrededor de 3 ó 4%. Fue en 1988 cuando el índice de desocupación abierta rompió su tope histórico y comenzó a oscilar entre el 7% y 9% de la PEA. Después creció hasta alcanzar, en 1995 al 18,4%. Descendió más tarde hasta el 12% pero volvió a crecer hasta alcanzar 21,5% en mayo de 2002. Desde ese momento, en que alcanzó el máximo registrado en la historia argentina, descendió hasta ubicarse abajo del 10% y llegar hoy a algo más del 7%. Es decir que este mínimo de hoy está todavía un poco por encima de lo que había sido el máximo habitual hasta fines de la década de 1980. Otra manifestación fácilmente observable de la superpoblación relativa la constituye el llamado *subempleo* o *subocupación horaria*, cuyos índices registran un movimiento similar al de la desocupación abierta.

La desocupación abierta y la subocupación son sólo una de las manifestaciones de la superpoblación relativa. Por eso, cualquier argumentación acerca de la magnitud de la desocupación abierta se vuelve ociosa cuando nos referimos al tamaño del conjunto de la población sobrante para el capital. Ésta se mantuvo encubierta en la década de 1970 y primera mitad de la de 1980 bajo diferentes formas, entre ellas el empleo estatal: recuérdense las estimaciones realizadas al respecto por cuadros intelectuales y políticos del capital más concentrado desde los años '80 a la fecha (Kühl y otros, 1983:115; Fundación de Investigaciones Latinoamericanas, 1987; Guido y Lazzarri, 2007).¹¹ A partir de 1988, como dijimos, la superpoblación relativa se manifestó como creciente desocupación abierta.

Pero ya desde la mitad de los años '80, apareció también como *población subsidiada*. Debe recordarse que estos subsidios, con distintos nombres (Caja PAN, Plan Trabajar, Plan Jefas y Jefes de Hogar, Plan Familias, Manos a la obra, Programas Nacionales de Empleo —PEC, Asignación Universal por Hijo y muchos otros— se sucedieron desde la década de 1980, mostrando que una importante proporción de la población argentina, expropiada de sus condiciones materiales de existencia, tampoco puede obtener sus medios de vida

bajo la forma del salario. Es decir, que no puede reproducir su vida en las relaciones sociales propias del sistema capitalista y constituye esa capa que, sumada en el pauperismo y subsidiada, es constituida como *pauperismo oficial*.

El peso de la superpoblación constituye un rasgo central del capitalismo argentino y señala un cambio estructural: el proceso de su descomposición.

Sólo este cambio estructural del capitalismo argentino permite explicar las condiciones vigentes durante las últimas tres décadas en el mercado de fuerza de trabajo y en el consumo de la fuerza de trabajo en Argentina. En lo que hace al primero, se mantuvieron los salarios por debajo de los niveles de comienzos de la década de 1970, algo que primero se logró mediante el uso de la coacción extraeconómica abierta, tal como fue aplicada entre 1976 y 1983, con medidas contra el movimiento obrero organizado sindicalmente (disolución de la CGT, intervención de sindicatos, detención de dirigentes, secuestro y desaparición de militantes), presencia de tropas en las fábricas y una legislación que prohibía las huelgas. Desde entonces, a pesar de haber pasado por momentos de alza y momentos de baja, los salarios se mantuvieron en el nivel fijado a partir de 1976. La situación pareció variar después de la *insurrección espontánea* de diciembre de 2001. Con el cambio en las políticas de gobierno, que impulsaron la actividad económica, como lo indica el crecimiento del PBI a altas tasas, hubo un aumento en los salarios respecto de la década anterior, pero dentro de los niveles establecidos desde mediados de la década de 1970.

Parte de los asalariados deben vender su fuerza de trabajo fuera de toda protección legal, en condiciones de inestabilidad y precariedad (el llamado “trabajo en negro” o “no registrado”), que es otro rasgo que se ha incrementado en el último cuarto de siglo. Además, los cuadros del capital financiero lograron en 2000 comenzar a convertir esa condición laboral en la forma normal de trabajo: la llamada “ley de flexibilización laboral”, impulsada por ellos a lo largo de la década de 1990, volvió legal lo que no lo era, y, a pesar de que fue derogada posteriormente, la tendencia a incorporar cláusulas de flexibilización en los convenios colectivos, aunque algo menor, se mantuvo después de 2003, habiéndose incrementado constantemente en lo que hace a la organización del trabajo.¹²

Las condiciones impuestas en el mercado de fuerza de trabajo, primero por la fuerza de las armas y, una vez establecidas, por la presión del incremento de la parte de la superpoblación abiertamente observable, y sancionadas por el sistema jurídico, fueron acompañadas, y, a la vez, viabilizaron los cambios tecnológicos, incluyendo la organización del trabajo, en la esfera de la producción gobernada por el capital más concentrado. En el mundo de la fábrica, durante la década del ‘90 se profundizaron y/o se extendieron las tendencias propias de la gran industria: subordinación del factor subjetivo al factor objetivo, aumento de la fuerza productiva del trabajo, homogeneización de la calificación del obrero y apropiación de su saber por el capital (Fernández, 2001).

Debe señalarse que, aunque aumentaron la explotación del proletariado industrial, a la vez estas nuevas condiciones colocaron a una fracción obrera en una situación potencial de mayor control del proceso productivo.

LAS PROTESTAS Y LUCHAS DE LOS TRABAJADORES¹³

A pesar del cambio cualitativo que acabamos de referir, que transformó la relación de fuerzas objetiva desfavorablemente para la clase obrera y otras fracciones populares, los trabajadores asalariados siguieron siendo un sujeto principal de las protestas y luchas desarrolladas en las últimas tres décadas y media.

Sin embargo, también en este aspecto se impuso el discurso de la pérdida de centralidad de la clase obrera como sujeto, reemplazada por “nuevos movimientos sociales”. Pero, a contramano de ese discurso, la observación de la realidad mostró una situación diferente.

En primer lugar, el grado de afiliación sindical de los trabajadores asalariados en Argentina se mantuvo y mantiene entre los más altos del mundo. Entre 1979 y la actualidad ha habido más de 40 huelgas generales nacionales, casi todas ellas con una efectiva adhesión superior al 50% y muchas de más de 80%. Aun en el apogeo del gobierno militar, en 1979 y 1981, si bien imbricadas en las luchas en las alturas, hubo dos huelgas generales, y otras tres antes del fin de ese gobierno. Son vastamente conocidas las trece huelgas generales realizadas durante el gobierno radical entre 1984 y 1989, aunque mucho menos se recuerdan las nueve huelgas generales declaradas durante los años de gobierno justicialista, entre 1992 y 1999, a pesar de la histórica vinculación entre el partido gobernante y el movimiento sindical y del involucramiento de algunos sindicatos en las políticas de privatización de empresas estatales, instauración de la jubilación y seguros de trabajo privados y su participación en la propiedad de empresas. Una de estas huelgas, en septiembre de 1996, reunió a 70 mil personas en Plaza de Mayo, en la segunda más numerosa movilización política de la década, y, poco después, la amenaza de la CGT de declarar una huelga general por tiempo indeterminado contribuyó a frenar las reformas neoliberales dirigidas a “flexibilizar” las condiciones de trabajo, privatizar los bancos estatales, etc. Las ocho huelgas generales convocadas durante el siguiente gobierno radical, en 2000 y 2001, y las tres convocadas en 2002 muestran la persistencia del instrumento. Las huelgas generales posteriores sólo fueron convocadas por la Central de Trabajadores Argentinos y fueron más limitadas.

Hay un rasgo de estas huelgas generales que debe tomarse especialmente en cuenta: cuando fueron convocadas como “huelga general con movilización”, tuvieron la capacidad de vincular y articular en un mismo momento la

protesta y la lucha de distintas fracciones y capas de la clase obrera, incluyendo los más pobres, y de incorporar a otras fracciones sociales populares, en todo el país. Esto no significa ignorar que, en determinados momentos, formas que habían sido casi irrelevantes en la historia argentina, pasaron a ocupar el primer plano, como, por ejemplo, las *revueltas del hambre* en 1989 y 1990 y 2001; en esas oportunidades, y como manifestación de la fase de descomposición que recorre el capitalismo argentino, la capa más pobre de la sociedad, impedida de obtener sus medios de vida más imprescindibles dentro el marco jurídico vigente, sólo pudo hacerlo mediante el delito. También los llamados “cortes de calles” y cortes de ruta”, llevados adelante por asalariados ocupados y desocupados y pequeños propietarios, ocuparon un lugar relevante; pero, contrariamente a la imagen vulgarizada por los medios de comunicación, los asalariados ocupados fueron el principal “cortador” de rutas; sólo a comienzos de 2001 los desocupados alcanzaron, por poco tiempo, el primer lugar. Algunos “cortes de ruta”, como por ejemplo los de Cutral-Co (Neuquén) (1996, 1997), Jujuy (1997), Gral. Mosconi (Salta) (1997, 1999, 2000, 2001) y Corrientes (1999), en los que los asalariados estatales tuvieron inicialmente un papel protagónico, devinieron cualitativamente distintos y alcanzaron la forma de *lucha de barricadas*, en manos de los jóvenes desocupados. Los asalariados estatales fueron protagonistas principales de los *motines* (como los de Santiago del Estero y La Rioja en 1993) y desde 1990 forzaron la renuncia de varios gobernadores (por ejemplo, en Jujuy, Santa Cruz y Chubut).

En 2001 los asalariados de empresas privadas daban cuenta del 14% de los hechos; pero también en este aspecto la salida de la crisis significó un cambio: creció la participación de los asalariados privados que, fortalecidos por la mayor demanda de fuerza de trabajo, en 2003 y 2004 protagonizaron el 20% de los hechos realizados por asalariados, en 2005 realizaron 24,4% y en 2006 su participación creció a 43,6%, para descender en 2007 a 30,9%.

Correspondiéndose con el crecimiento de la parte más visible de la población sobrante para el capital, la que está abiertamente desocupada, pudo observarse el protagonismo hasta ahora desconocido que tomó esa parte de la clase obrera desde la segunda mitad de 1990 y durante los tres primeros años del presente siglo. Algunas de las movilizaciones convocadas por las organizaciones que agrupaban principalmente a los desocupados llegaron en 2001 a cumplir el mismo papel articulador de las huelgas generales con movilización, convocando a miles de trabajadores ocupados y desocupados y a pequeños propietarios.

Las llamadas “organizaciones piqueteras” fueron una refutación práctica del discurso que consideraba imposible que esa parte de la clase obrera, los desocupados, se organizara: en apenas cuatro años realizaron un enorme avance en la organización sistemática de la lucha. Sin embargo, fueron los trabajadores asalariados ocupados y la organización sindical los principales

protagonistas de las protestas y luchas no sólo durante las décadas de 1980 y después de 2003 sino también durante la década de 1990. Del total de 7.643 hechos de rebelión que registramos en el ciclo que se desarrolló entre diciembre de 1993 y diciembre de 2001, 55,7% fueron realizados por asalariados, 9,8% por la pequeña burguesía, 8,4% por estudiantes, 5,7% por “pobres”. De los hechos realizados por asalariados (4.256), el 66,7% corresponden a asalariados ocupados y 17,5% a desocupados. También es contundente observar quiénes convocaron: el 37,2% de los hechos fue convocado por organizaciones sindicales, el 7,2% por organizaciones empresarias, 7% por organizaciones político-sindicales o de desocupados, 6,8% por organizaciones estudiantiles y hubo 6,3% de hechos sin convocatoria (espontáneos); los “nuevos movimientos sociales” quedaron subsumidos en “Otros” (6,9%); en una cuarta parte de los hechos (25,3%), que corresponden en su mayoría a los saqueos de 2001, no hay datos de convocante.

En cuanto a las metas de los hechos realizados por los Asalariados Ocupados, fueron variando siguiendo el movimiento del ciclo económico: a comienzos de la década de 1990 predominaban las demandas de aumentos de salarios; hacia 1995 fueron desplazadas por la protesta por salarios adeudados y contra los despidos, que se intensificaron con la recesión que comenzó en 1998 y que culminó con la crisis de 2001; con la salida de la crisis volvió a predominar la demanda de aumento de salarios.

En síntesis, el Proletariado y la Pequeña Burguesía en proceso de proletarización, que forman la categoría Asalariados, son quienes dan cuenta de la mayor cantidad de hechos de rebelión y su organización sindical es el principal convocante a esos hechos. No ha habido, en este aspecto, un cambio respecto de períodos anteriores.¹⁴ El Proletariado mantiene su preeminencia en la calle, aunque, a diferencia del proceso histórico desarrollado en las décadas de 1960 y 1970, las luchas registradas no exceden, ni se proponen exceder, los límites del régimen de organización económico social vigente. Todas expresan el interés de los trabajadores en tanto asalariados y ciudadanos, pero no en tanto expropiados.

Esa preeminencia del Proletariado y de la organización sindical en los hechos de rebelión no ha encontrado, sin embargo, una correspondencia con el lugar que ocupan los cuadros sindicales y políticos de los trabajadores en las instituciones políticas. Si en la década de 1970 el movimiento obrero organizado sindicalmente detentaba un tercio de los cargos legislativos obtenidos por el partido Justicialista, así como las vicegubernaciones de muchas provincias, hoy su representación parlamentaria es mínima y su presencia en los ejecutivos poco menos que inexistente.

Sin embargo, en el último año o poco más, se ha hecho observable un hecho novedoso con relación a las metas que se plantea el movimiento obrero organizado sindicalmente: la búsqueda de un espacio político propio, expresa-

do en el cambio que implica pasar de ser “columna vertebral” a ser “cabeza” del movimiento nacional.¹⁵ El intento por ocupar cargos políticos que exceden la defensa del interés inmediato para proyectarse al conjunto de la sociedad, manifestado no sólo por la dirección de la CGT sino practicado por dirigentes de la CTA, nos plantea el siguiente interrogante: ¿estamos frente a una recuperación de la tradición obrera desplegada desde la década de 1930 de postularse como dirección de la alianza social de la que forma parte?

NUEVOS PROBLEMAS

Después de analizar las transformaciones en la sociedad argentina y en la clase obrera el interrogante que debemos plantearnos es en qué medida los cambios que hemos registrado son manifestaciones de un movimiento orgánico, estructural, del capitalismo argentino o sólo han sido un resultado coyuntural y pasajero de la llamada “política neoliberal” y de la crisis económica. Y si se trata de un movimiento orgánico, los cambios en la estructura económica de la sociedad, como el crecimiento de la desocupación a niveles desconocidos en el país, que se hicieron más evidentes durante la depresión y crisis que se extendió entre 1998 y 2003 ¿fueron sólo manifestación de un momento de pasaje en el reordenamiento capitalista, al que siguió una nueva expansión en extensión o se trata de rasgos que hacen a la naturaleza misma de esta fase del desarrollo capitalista argentino? Si esto último es verdad esos rasgos están mostrando cuál es el movimiento orgánico del capitalismo argentino: el desarrollo de su descomposición. El crecimiento de la población sobrante para el capital, observable en el aumento de la desocupación y subocupación registradas,¹⁶ de la población subsidiada y el empleo estatal, hace a la naturaleza del capitalismo argentino actual. Por eso difícilmente los sujetos, formas de lucha y organización de esa parte de la clase obrera desaparezcan de la escena política. Pero los trabajadores asalariados ocupados son, y lo han sido a lo largo de todo el período considerado, el sujeto fundamental en los procesos sociales y políticos en Argentina.

NOTAS

- * Este artículo es la reelaboración de la conferencia inaugural pronunciada por el autor en las “II Jornadas Interdisciplinarias de Investigaciones Regionales. Enfoques para la Historia”.
- ¹ Véase, por ejemplo, Romero, (1996: 91-106), donde se afirma que, a diferencia de los años '60 y '70, la historiografía ha podido construir “un saber académico [...] capaz de alimentarse a sí mismo, y de subsistir independientemente de las apetencias de la sociedad”. Una posición similar presenta Torre, (1990: 209-220).
- ² El subrayado es nuestro.
- ³ El cambio en la dirección predominante del desarrollo capitalista en Argentina se hace observable en el peso absoluto y relativo de la Población Rural y de la Población Agrícola con relación a la población total y a la población que recibe algún ingreso, respectivamente. Ver Iñigo Carrera y Podestá (1987)
- ⁴ Recordando que, en la medida en que no hay lucha que no pase en mayor o menor medida por la conciencia, lo “espontáneo” es forma elemental de lo “consciente”.
- ⁵ Por citar sólo dos ejemplos: las “huelgas” de 1858, 1859 y 1862 en el saladero Santa Cándida (Entre Ríos). Román, (2005: 54-71) y la huelga de aguateros en Rosario en 1877. Munck, Falcón y Galitelli, (1987: 34).
- ⁶ Discurso pronunciado por el diputado Carlos Meyer Pellegrini el 16 de mayo de 1910; en Cámara de Diputados, *Diario de sesiones*; 1910, tomo I; pp. 74-5.
- ⁷ En Rosario, Santa Fe, Villa María, Cruz del Eje, Cosquín, Concordia, Domínguez, Posadas, Resistencia, Presidencia Roque Sáenz Peña, Mendoza, San Rafael y San Luis.
- ⁸ Por ejemplo: Godio, (1989: 412); Baily, (1984: 40-43). Baily destaca entre los cambios en la composición obrera el creciente peso de los obreros del transporte. Sus dirigentes se vieron obligados a superar la escala local de sus demandas, lo que se combinó con “las actitudes psicológicas” de los hijos de inmigrantes para reforzar la preocupación “por los problemas nacionales” (p. 43). En el mismo sentido, vinculado al peso de los trabajadores de servicios públicos, ver Matsushita, (1983: 185-209).
- ⁹ Lo que define al capitalismo monopolista de estado en un país capitalista es la regulación de la actividad económica por los grupos económicos monopolistas, mediante políticas de gobierno. No cabe duda de que el programa de la oligarquía financiera que en la década de 1990 se presentó como *desregulación* no fue más que un cambio en la forma en que la economía está regulada.
- ¹⁰ Un desarrollo mayor sobre este tema puede verse en Iñigo Carrera (2009b).
- ¹¹ Por ejemplo: Kühn, (1983: 115). “El estado empleador. disfraz para la falta de ocupación”; *Clarín* 6/1/85, p. 8. Correa (1994: sección 2, pág. 1); Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL) (1987). “Se van tres ministros por el duro ajuste que anunció López Murphy”; *Clarín*; 17/3/2001. IDESA, <http://www.idesa.org/v2/noticias.asp?idnoticia=182>. Guido y Lazzari (2007). Cabot (2007).

- ¹² Observatorio del Derecho Social – Central de Trabajadores Argentinos; *La negociación colectiva 2003 – 2007. Un estudio comparativo con el período 1991 – 1999, en particular sobre la regulación de jornada y organización del trabajo.*
- ¹³ Los datos presentados en este punto son elaboraciones realizadas sobre la Base de Datos relevada por el Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (PIMSA).
- ¹⁴ Aunque sí ha crecido, dentro de los Asalariados, la proporción de hechos realizados por la Pequeña burguesía en proceso de proletarización.
- ¹⁵ Durante décadas el movimiento obrero organizado sindicalmente fue considerado la “columna vertebral” del peronismo, es decir de la alianza política de la que forma parte. La voluntad de pasar a ser “cabeza” ha sido expresada tanto por dirigentes de la CGT (incluyendo a su secretario general Hugo Moyano) como por dirigentes de la CTA.
- ¹⁶ Recuérdese que la existencia de un 7% de población desocupada, considerada hoy un logro, es un poco mayor que lo que fue el máximo de desocupación hasta mediados de la década de 1980.

BIBLIOGRAFÍA

- BAILY, S. L. (1984): *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.
- CABOT, D. (2007): "Mayor gasto público: cada sesenta minutos contratan dieciocho nuevos empleados públicos", *La Nación*, 22/7/2007, sección 2.
- CORREA, R. (1994): "Un quebranto recurrente que refleja la irresuelta crisis del empleo público", en *La Nación*, 19/1/1994, sección 2ª.
- FERNÁNDEZ, F. (2001): *Las transformaciones en los procesos de trabajo en la industria argentina actual*, Pimsa.
- FUNDACIÓN DE INVESTIGACIONES ECONÓMICAS LATINOAMERICANAS (FIEL) (1987): *El fracaso del estatismo. Una propuesta para la reforma del sector público argentino*, Buenos Aires, Sudamericana/Planeta.
- GODIO, J. (1989): *El movimiento obrero argentino (1930 - 1943)*, Buenos Aires, Legasa.
- GRAMSCI, A. (¿...): *Notas sobre Maquiavelo, la política y el estado moderno*. En *Obras op.cit.*, tomo I.
- GUIDO, P. y LAZZARI, G. (2007): *Las espaldas del sector privado. Sobreempleo público y desquicio fiscal*, Fundación Atlas. En <http://www.atlas.org.ar/articulos/articulos.asp?Id=502>.
- HOBBSAWM, E. (1996): *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- IDESA, <http://www.idesa.org/v2/noticias.asp?idnoticia=182>.
- IÑIGO CARRERA, N. y PODESTÁ, J. (1987): *La Población Agrícola en la Argentina actual (aproximación al estado de la contradicción entre el campo y la ciudad)*, Buenos Aires, Cicso.
- IÑIGO CARRERA, N. (2009a): "Emancipación social y emancipación nacional en el movimiento obrero argentino". En Rajland, B. y Cotarelo, M. C.: *La revolución en el bicentenario. Reflexiones sobre la emancipación, clases y grupos subalternos*, Buenos Aires, CLACSO - FISYP.
- IÑIGO CARRERA, N. (2009b): "La situación de la clase obrera en la Argentina del capital financiero", *Theomai / Theomai Journal*, N° 19. En <http://revista-theomai.unq.edu.ar/numero19/ArtCarrera.pdf>.
- IÑIGO CARRERA, N.; CAVALLERI, S. y MURRUNI, M. (en prensa): "Dos ejercicios de medición: la superpoblación relativa y el proletariado industrial", en *Pimsa-Documentos y Comunicaciones 2010*, Buenos Aires, Pimsa,
- JUÁREZ-DAPPE, P. y CAMPÍ, D. (2011): "Sobre fugas, atentados y huelgas. Las estrategias de lucha de los trabajadores azucareros tucumanos, 1876 - 1904", *II Jornadas Interdisciplinarias de Investigaciones Regionales "Enfoques para la historia"*, Mendoza.

- KUCZYNSKI, J. (1967): *Evolución de la clase obrera*; Madrid, Guadarrama.
- KÜHL, L. y otros (1983): “La industria y la ocupación de fuerza laboral”. En *Una política industrial para la Argentina*, Buenos Aires, Club de Estudio.
- MARX, K. (1975a): *El Capital*, Tomo I, Siglo XXI.
- MARX, K. (1975b): *Miseria de la Filosofía*, Buenos Aires, Siglo XXI,
- MARX, K. (s/f c): *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, Moscú, Editorial Progreso.
- MATSUSHITA, H. (1983): *Movimiento obrero argentino 1930 - 1945*, Buenos Aires, Hyspamérica.
- MUNCK, R.; FALCÓN, R. y GALITELLI, B. (1987): *Argentina from Anarchism to Peronism*, London and New Jersey, Zed Books.
- MURMIS, M. y Portantiero, J. C. (1971): *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- OBSERVATORIO DEL DERECHO SOCIAL – CENTRAL DE TRABAJADORES ARGENTINOS, *La negociación colectiva 2003 - 2007. Un estudio comparativo con el período 1991 - 1999, en particular sobre la regulación de jornada y organización del trabajo*.
- ORTIZ, R. M. (1964): *Historia Económica de la Argentina*, Buenos Aires, Ediciones Pampa y Cielo.
- DIARIO DE SESIONES, Cámara de Diputados, República Argentina, 1910, tomo I.
- ROMÁN, C. M. (2005): “Los cambios en la protesta: los trabajadores de las estancias y saladeros. El caso del oriente entrerriano (1850-1862)”. En *Pimsa-Documentos y comunicaciones 2004*, Buenos Aires.
- ROMERO, L. A. (1996): “La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional”, *Entrepasados*, Año V, N° 10, Buenos Aires.
- TORRE, J. C. (1990): “Acerca de los estudios sobre la historia de los trabajadores en Argentina”, *Anuario del Instituto de Estudios Histórico Sociales de la UNCPBA*, N° 5, Tandil, pp. 209 - 220.